



Foto: Iñaki Porto

## ORAÇÕES DE SAPIÊNCIA

# LA REPÚBLICA DE LOS INTERPRETES

**DANIEL INNERARITY**

**FACULDADE DE LETRAS** DA UNIVERSIDADE DO PORTO  
PORTO 2019

Natural de Bilbao, Daniel Innerarity (1959) é professor catedrático de Filosofia na Universidade de Saragoça, investigador na Fundação Basca da Ciência, diretor do Instituto de Governação Democrática e docente convidado do Instituto Europeu de Florença.

Especialista internacionalmente reconhecido nos domínios da teoria da democracia e governo das sociedades complexas, colabora assiduamente com artigos de opinião para os jornais *El País*, *El Correo/Diario Vasco*. Em Portugal, tem publicados os livros *A Transformação da Política* (III Prémio de Ensaio Miguel de Unamuno e Prémio Nacional de Literatura na modalidade de Ensaio, 2003), *A Sociedade Invisível* (XXI Prémio Espasa de Ensaio), *O Futuro e os Seus Inimigos*, *A Humanidade Ameaçada* e *A Política em Tempos de Indignação*.

Em 2008, foi galardoado com o Prémio de Humanidades, Cultura, Artes e Ciências Sociais pela Sociedade de Estudos Bascos / Eusko Ikaskuntza. Já em 2018, foi distinguido com o prémio Eulalio Ferrer, atribuído anteriormente a personalidades como Fernando Savater, Mario Vargas Llosa e Edgar Morin.

# LA REPÚBLICA DE LOS INTERPRETES

Daniel Innerarity

## **Ficha Técnica**

Título: ***La República de los interpretes***

Autor: ***Daniel Innerarity***

Edição: ***Faculdade de Letras da Universidade do Porto***

Ano de Edição: **2019**

Coleção: ***Orações de Sapiência***

Execução Gráfica: ***Gráfica Firmeza Lda. / Porto***

Tiragem: **250 exemplares**

Depósito Legal: **464448 / 19**

ISBN: **978-989-8969-25-5**

## **Nota de Abertura**

A coleção *Orações de Sapiência* engrandece-se este ano com o texto da “lição” proferida pelo Professor Doutor Daniel Innerarity, na Abertura Solene do Ano Letivo, no dia 16 de outubro de 2019. Tratando-se do ano em que se comemora o centenário da criação da Faculdade de Letras da Universidade do Porto, a escolha do conferencista tinha necessariamente de recair sobre uma personalidade cuja obra e pensamento muito honram as Humanidades e as Ciências Sociais e, por isso, nada melhor que um filósofo e ensaísta que tem refletido sobre o mundo atual, em mudança acelerada e nem sempre fácil de entender.

Professor catedrático de Filosofia Política e investigador Ikerbasque na Universidad del País Vasco, Daniel Innerarity proferiu uma “lição” com uma verdadeira dimensão humanista, a qual nos ajuda a refletir sobre as Letras e o seu insubstituível papel na sociedade digital em que estamos inseridos e a atuar como contraponto das visões quantitativistas que se estão a tornar (ou já se tornaram) dominantes.

A Oração de Sapiência tem por título *La República de los interpretes* e trata daquilo que o autor considera um verdadeiro desafio do nosso tempo – *interpretar para obtener experiencias a partir de los datos y sentido a partir de los discursos* – considerando que *las ciencias humanas y sociales se hacen valer como especialistas de sentido, como saberes que producen y evalúan significación*.

Numa escola de cariz humanista como a nossa, só podemos fazer votos para que a visão veiculada no texto que agora temos o gosto de publicar constitua um estímulo para a reflexão e o debate com os estudantes que estamos a formar.

Pela disponibilidade manifestada, de imediato e com entusiasmo, para aceitar o nosso convite e pela muito interessante e bem-humorada intervenção com que nos brindou, quero, em nome da FLUP e em meu nome pessoal, expressar ao Professor Daniel Innerarity o mais sincero “Obrigada!”

**Fernanda Ribeiro**  
Diretora da FLUP



## **LA REPÚBLICA DE LOS INTERPRETES**

Daniel Innerarity

Catedrático de Filosofía Política e investigador Ikerbasque en la  
Universidad del País Vasco

Excelentísimo señor Rector magnífico, excelentísima Decana, autoridades académicas, compañeros y compañeras.

Me habéis hecho sentirme muy honrado al invitarme, con motivo de vuestra inauguración del curso lectivo, en el centenario de la Facultad de Letras, a realizar esta “lección de sabiduría” (qué nombre tan evocador y qué objetivo tan deseado e inalcanzable ese de la sabiduría). Cuántas *clases* habrá dado uno en su vida y seguramente qué pocas *lecciones* habrán recibido sus destinatarios. Nos queda la ilusión de haber suscitado preguntas e inquietudes y seguir haciéndolo mientras haya personas interesadas en experimentar lo más maravilloso que tenemos los seres humanos, que no es lo que sabemos sino nuestra posibilidad de aprender.

Permitidme que, más que una lección, haga una defensa, un elogio que indirectamente nos reconforta a quienes nos dedicamos a este conjunto de tareas que llamamos “las letras” o “las humanidades”. Me gustaría animar a quienes veo a veces un tanto desalentados, bajo la presión de la empleabilidad, el rendimiento o la exactitud. Aunque no lo parezca, el mundo es nuestro, de los de letras, compañeras y compañeros, y no me importa que esta intervención se convierta en una arenga de autoestima (e indirectamente un ejercicio de desprecio hacia quienes no nos valoran lo suficiente). Voy a tratar de desmontar en unos

veinte minutos algunos de los mitos de nuestra sociedad, como el de la exactitud o la disponibilidad inmediata del conocimiento, defenderé que quienes nos dedicamos a cultivar los problemas y no tanto a procurar las soluciones hemos entendido mejor la verdadera naturaleza de la cultura que quienes están afanados con las soluciones. Y concluiré con la idea de que la república de los interpretes que configuramos es el mejor modelo de la sociedad democrática.

Una de las creencias más extendidas en nuestra sociedad es el mito de la exactitud, es decir, la idea de que sólo son buenas las soluciones exactas y que cualquier problema puede reducirse a su tratamiento cuantitativo a partir de la enorme cantidad de datos que tenemos a nuestra disposición. Su creencia es que, correctamente leídos, los datos nos ofrecerían un espejo en el que, por primera vez en la historia de la humanidad, podríamos conocernos plenamente. Para esta manera de entender la realidad, el análisis conceptual es considerado como superfluo.

Todo esto se inscribe en una tendencia según la cual el desarrollo de los conocimientos y la construcción de sentido no se llevarían a cabo por la confrontación de una teoría con la realidad sino simplemente a partir de conmutaciones efectuadas sobre las masas enormes de datos. No sería necesaria ninguna teoría: el modelo, en el caso de que exista, emerge del proceso *bottom-up* de la manipulación estadística de datos. Hay quienes predicen incluso el final de la teoría y de la ciencia en el sentido habitual de desarrollo conceptual fundado sobre pruebas empíricas; aseguran que el conocimiento terminará siendo derivado exclusivamente por las correlaciones extraídas de las grandes masas de datos.

Es frecuente pensar que los ordenadores procesan algo que ya es información, pero esto no es cierto más que en una acepción muy rudimentaria. Lo que los humanos entendemos por información no son los datos sin más, sino los datos con un determinado sentido. La información sólo existe a partir de la interacción entre el ser humano y la máquina. No hay información propiamente dicha si los datos no han sido procesados e interpretados, mientras no estén inscritos en un contexto de sentido.

Por supuesto que no tiene ningún interés competir con el ordenador en velocidad, precisión o completitud. Pero hay algunas dimensiones de nuestra inteligencia de las que carecen las máquinas, como la capacidad analógica o la valoración del conjunto. Estrechamente vinculado con ello está otro ámbito en el que se manifiesta la inteligencia humana: el descubrimiento y la formulación de problemas. Con frecuencia reducimos la inteligencia a la solución de problemas reconocidos, pero

donde resulta más necesaria es allí donde se trata de identificar problemas hasta ahora desconocidos. Las actividades más difíciles e importantes son las de identificación de los problemas y su gestión. Y las profesiones más cualificadas (si es que me puedo permitir un momento de orgullo para nuestra tribu académica) son aquellas que no se dedican a encontrar soluciones conocidas para problemas conocidos sino problemas desconocidos para soluciones posibles. En estos casos la inteligencia no es requerida para encontrar nuevas soluciones a problemas conocidos sino para descubrir como problemas potenciales nuevas configuraciones o desarrollos. Y es ahí donde la inteligencia se manifiesta como una peculiar gestión del desconocimiento.

Se podría decir que quienes nos dedicamos a las humanidades protegemos una determinada concepción de la cultura que consiste en el cultivo de los grandes problemas humanos frente a las pretensiones de resolver (o disolver) esos problemas declarándolos superados. Estamos acostumbrados a que nos recriminen nuestra supuesta falta de utilidad y yo os propongo que nos enfrentemos a los utilitaristas con el siguiente argumento. Nos dedicamos, sin complejos, al cultivo de aquellos problemas que consideramos definitivamente irresolubles, a custodiarlos frente a quienes desearían poner punto final a nuestras discusiones y cuestionamientos, protegemos el derecho a reabrir cualquier debate en torno a ellos en cualquier momento.

La cultura es un ámbito de reflexión, interpretación y auto-comprensión. Una sociedad no avanza verdaderamente sin un espacio reflexivo y crítico en el que discutir las interpretaciones posibles acerca de sí misma. En las diversas expresiones culturales los seres humanos no hacemos otra cosa que proponer interpretaciones de lo que somos e ideamos futuros a los que temer o aspirar, en una dimensión que tiene que ver con el sentido que damos a cuanto nos pasa y no tanto con la constatación de hechos o la gestión de objetividades. Las leyes de divorcio no pueden modificar el destino de Agamenón, ni la psiquiatría es una respuesta al drama de Edipo; los problemas de Fausto no pueden ser arreglados por el Fondo Monetario Internacional, ni por una agencia de viajes los de Ulises o el holandés errante; sería una torpeza creer que el destino de Lear se resolvería estableciendo asilos de ancianos; el dilema que atormenta a Antígona y Creonte es tan profundo que no puede solucionarlo ninguna reforma de los ritos funerarios. En ninguna de estas historias se contienen las recetas para solucionar los graves problemas que padecen sus personajes; pero no encontraremos una solución verdaderamente humana a esas penalidades si no las hemos comprendido

bien, para lo cual no hay mejor exploración que las obras maestras de la literatura y el pensamiento.

Por eso la cultura es tan insistente en los mismos temas, tan poco resolutive, más generadora de incertidumbres que suministradora de soluciones. Se trata de un espacio en el que las artes y las letras se dedican no tanto a exhibir su competencia como a cultivar una serie de asuntos sobre los cuales los seres humanos no somos nunca plenamente competentes, una especie de repositorio de grandes cuestiones irresueltas, que nos muestran el abismo de nuestro desconocimiento: el sentido de la vida, el alcance de nuestra libertad, el misterio de la belleza, el valor de la justicia, la naturaleza del tiempo, nuestra condición mortal, los deberes de la ciudadanía, la posibilidad de algo que nos trascienda... Son temas que los humanos nos hemos planteado siempre y que nunca podemos dar por definitivamente solucionados, cuya supresión como asuntos sin importancia o superados nos arrojaría en esa ignorancia del orgullo que es la peor forma de estupidez.

Decía al principio que nos hemos acostumbrado a entender el mundo como algo inmediato, disponible y de fácil acceso. El discurso habitual acerca la sociedad del conocimiento y de la información entiende la sociedad en términos de circulación de bienes y datos, cuya apropiación no es problemática. La ideología dominante es la transparencia comunicativa y reproductiva, como si para la lectura correcta de los datos bastara un código correspondiente. Este modo de pensar tiende a menospreciar el momento de interpretación que hay en todo conocimiento, favorece los saberes científicos y fácilmente traducibles en aparatos tecnológicos, la rentabilidad económica inmediata, mientras que infravalora otro tipo de conocimientos como los artísticos, intuitivos, prácticos o relacionales. Conviene examinar este asunto porque no nos jugamos aquí tan solo el porvenir de las humanidades sino el destino de nuestras comunidades políticas.

Este desencuentro entre las ciencias y las letras — por decirlo con una contraposición antigua pero que todos entendemos — se podría traducir en la oposición de la ciencia económica de los datos y el arte político de la interpretación. Contra la reducción de la comunicación a simple elaboración de información, contra una revolución digital entendida como mera inversión en tecnología o la sociedad de la información como una sociedad de las máquinas, el acento puesto en la interpretación subraya el elemento activo y complejo de todo conocimiento. Este es el verdadero desafío de nuestro tiempo: interpretar para obtener experiencias a partir de los datos y sentido a partir de los discursos. Y es aquí donde las ciencias

humanas y sociales se hacen valer como especialistas de sentido, como saberes que producen y evalúan significación.

Hay un lugar común que pone todas las expectativas de progreso colectivo en el desarrollo de un conocimiento entendido a partir del modelo de la exactitud científica y la practicidad tecnológica. Pero lo cierto es que la mayor parte de nuestros actuales debates no giran en torno a datos e informaciones sino sobre su sentido y pertinencia, es decir, acerca de cómo debemos interpretarlos, sobre lo que es deseable, justo, legítimo o conveniente. Afirmar que en estos conflictos lo que está en juego no es tanto un conocimiento objetivo como una interpretación, supone “desneutralizar” el saber y darle toda la carga política que tiene el conocimiento cuando lo que estamos valorando es su significado humano. Por decirlo con una terminología que nos resulta familiar: por encima de la infraestructura material de la sociedad del conocimiento hay toda una superestructura simbólica en donde se juegan las verdaderas cuestiones de la existencia individual y colectiva.

El arte de interpretar es inexacto por definición, concreto y atento a las irregularidades. Las disciplinas humanísticas son más bien indisciplinadas, en la medida en que interrogan, critican, valoran o contextualizan. Por eso la inteligencia implica siempre un cierto sabotaje contra la división del trabajo establecida, contra la parcelación del saber y la especialización, contra la exactitud de las soluciones habituales; supone una revisión de las competencias y de las expectativas, una fuerte disposición a aprender fuera del saber y las prácticas establecidas.

El conocimiento que se atiene a lo concreto más que a lo general tiene una fuerte dimensión intuitiva. Desde el imperialismo de las ciencias de la universalidad la intuición interpretativa ha sido presentada como una forma menor de conocimiento, cuando no algo completamente irracional. Pero la experiencia nos muestra que no es sensato prescindir de estos modos de conocimiento, especialmente en contextos de gran complejidad. Si pensamos en casos como la crisis provocada en buena medida por la matematización de la economía o en los desequilibrios ecológicos que implican ciertas tecnologías, lo que tenemos es un cuadro muy contrario: las pretensiones de exactitud han dado lugar a decisiones irracionales y sólo las culturas de interpretación (esos entornos críticos en los que se interroga por la inserción social de las tecnologías, se discuten sus aplicaciones sociales, se hacen valer criterios éticos y políticos) han conseguido corregir su inexactitud social. La intuición interpretativa que practican las humanidades tiene un enorme valor epistemológico, heurístico y

prudencial en espacios de gran incertidumbre (como son los de las sociedades contemporáneas).

La interpretación tiene además un especial sentido en contextos dominados por la rapidez y el automatismo. Vivimos en unas sociedades en las que los flujos comunicativos nos atraviesan permanentemente. Pues bien, esa sociedad de flujos requiere filtros para evitar ser arrollado por la información sin sentido o el cliché banal. La verdadera soberanía epistemológica consiste en interrumpir, no reaccionar mecánicamente, no responder rápidamente al *mail*, resistir contra la aceleración, escapar del esquema estímulo-respuesta, no contribuir ni al pánico ni a la euforia, establecer una distancia, una dilación, posponer la respuesta y posibilitar incluso algo nuevo e imprevisible. La inteligencia y la libertad subjetivas necesitan constituirse, especialmente hoy, como centro de indeterminación e imprevisibilidad.

12

Siempre hemos vinculado la idea de formación con la autenticidad, con la capacidad de pensar por uno mismo. ¿Sigue teniendo sentido este ideal en una sociedad de la información y el conocimiento? Seguramente sí, pero a condición de entenderlo con un matiz nuevo que vincularía la innovación verdadera con el error o la ingenuidad, es decir, al margen de esas formas de pensar y de actuar en las que no es posible equivocarse. Por decirlo de una manera provocativa: nos hacen falta tontos que se equivoquen, que piensen por sí mismos, fuera del lugar común, de lo que se dice o de la información tenida por tal. Botho Strauss lo ha formulado con una fuerza especial: “hay una enorme pérdida de tontería genuina o, dicho de una manera positiva, una enorme pérdida de ingenuidad. Ya no se encuentran seres humanos sino interlocutores a través de los cuales fluye todo lo que se dice, que se dejan atravesar por todo lo que pasa a través de los canales de la comunicación”.

¿Tiene todo esto algún valor político especial? ¿Cómo se traduce políticamente la cultura de la interpretación? ¿En qué sentido puede afirmarse, como lo hace Martha Nussbaum, que la democracia necesita de las humanidades? Podemos entender esa aportación precisamente a partir del valor político de la interpretación. El destino colectivo está íntimamente ligado a la capacidad de interpretar nuestros hábitos cotidianos y nuestras necesidades; depende más del acierto a la hora de interpretar qué es una vida propiamente humana que de manejar los datos observables. El valor político de las culturas de la interpretación consiste en poner a la ciudadanía en el centro de las transformaciones sociales, y a una ciudadanía que interpreta, es decir, discute, delibera y decide. Una sociedad de intérpretes es una sociedad que reflexiona sobre

sí misma, que discute y es capaz de hacerse cargo de la novedad que emerge en los procesos sociales.

Contra el automatismo de los lectores, la idea de una sociedad de los intérpretes es más discontinua, compleja y conflictiva. A una sociedad así entendida no le corresponde una política concebida a partir del modelo de la mera gestión. Una política de la interpretación supone siempre abandonar los lugares comunes, reconsiderar nuestras prioridades, describir las cosas de otra manera, formular otras preguntas... Frente a esta indeterminación democrática, todos los sedicentes realistas han apelado siempre a los datos para impedir la exploración de las posibilidades. Pero sabemos que esto no es sino una forma sutil de poder que consiste en insistir en los datos sin cuestionar las prácticas hegemónicas a partir de las cuales se obtienen precisamente esos datos y no otros. Esa dimensión crítica de la interpretación la hemos aprendido en el cultivo de eso que llamamos humanidades, que son, por cierto, la mejor educación para la ciudadanía.

Si concebimos nuestras sociedades democráticas como sociedades que se interpretan a sí mismas, entonces tenemos mayores posibilidades de escapar del paradigma dominante que entiende la sociedad del conocimiento como el encuentro vertical entre los expertos y las masas. La sociedad es la puesta en común, frágil y conflictiva, de nuestras interpretaciones, algo más democratizador que la sumisión a unos datos supuestamente objetivos. El cultivo de la interpretación es la más importante aportación de la cultura a las sociedades democráticas.



